

Homilía de II Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2014 - 2015 - (Ciclo B)

“Amad como yo os he amado”

Introducción

Una buena parte de las enseñanzas de Jesús que encontramos en los evangelios son instrucciones sobre el estilo de vida que han de practicar los discípulos de Jesús. Posiblemente los relatos del seguimiento no sean históricos, sino que fueron creados por los evangelistas, que tomaron como base los seguimientos que narra el AT, como el que aparece en la primera lectura.

¿Por qué necesita Jesús a sus discípulos? Porque sin la comunidad de sus seguidores, Jesús no hubiera podido llevar adelante la proclamación del Reino de Dios para la regeneración de la sociedad de su tiempo y la del futuro.

¿Quiénes fueron los discípulos llamados por Jesús a seguirlo? Los clérigos se han apropiado a lo largo de los siglos de la experiencia del seguimiento. Pero hay que decir que son discípulos de Jesús todos los cristianos. No existen “profesionales” del seguimiento. Es más: el hecho de ser religioso, obispo o cardenal no garantiza automáticamente que ya se practica el seguimiento de Jesús.

La llamada a los discípulos no tiene como único objetivo el seguimiento, sino también la misión. Hoy Jesús sigue teniendo esta misma necesidad de una comunidad de discípulos para continuar su misión.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Lecturas

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 3, 3b-10. 19

En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. Entonces el Señor llamó a Samuel. Este respondió: «Aquí estoy». Corrió adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado. Vuelve a acostarte». Fue y se acostó. El Señor volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte». Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado todavía la palabra del Señor. El Señor llamó a Samuel, por tercera vez. Se levantó, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Comprendió entonces Elí que era el Señor el que llamaba al joven. Y dijo a Samuel: «Ve a acostarte. Y si te llama de

nuevo, di: "Habla, Señor, que tu siervo escucha". Samuel fue a acostarse en su sitio. El Señor se presentó y llamó como las veces anteriores: «Samuel, Samuel». Respondió Samuel: «Habla, que tu siervo escucha». Samuel creció. El Señor estaba con él, y no dejó que se frustrara ninguna de sus palabras.

Salmo

Sal 39, 2 y 4ab. 1. 8-9. 10 R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. R/. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios; entonces yo digo: «Aquí estoy». R/. «-Como está escrito en mi libro- para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R/. He proclamado tu salvación ante la gran asamblea; no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 6, 13c-15a. 17-20

Hermanos: El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor, para el cuerpo. Y Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? El que se une al Señor es un espíritu con él. Huid de la inmoralidad. Cualquier pecado que corneta el hombre queda fuera de su cuerpo. Pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo. ¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 35-42

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)».

Comentario bíblico

Seguir a Jesús es sentirse "llamados"

Los textos de este domingo IIº del Tiempo Ordinario nos presentan el tema de la "vocación", de la llamada. Sabemos que Jesús llamó a algunos discípulos que le siguieron. Pero la llamada es para todos, no solamente para privilegiados o para perfectos. Sin vocación, la vida no tiene sentido y menos una vida "religiosa" si esta la entendemos como don y como gracia. Porque también hay que saber recibir los dones y las gracias.

Iª Lectura: 1º Samuel (3,3-9.19): Habla Señor, que tu siervo escucha

I.1. La lectura de Samuel nos relata la vocación profética de Samuel, el niño que la madre consagró a Yahvé como

prenda por haberle concedido el don e la maternidad. Pero no basta, para ser un profeta u hombre de Dios, que nuestros padres nos destinen a ello. Hace falta una "llamada", la vocación, y la respuesta más personal a la palabra de Dios. Samuel, que sería un profeta que habría de conducir al pueblo hasta la llegada de David, vivía con el sacerdote Elí en el santuario donde estaba depositada el arca de la Alianza. Los hijos de Elí, por el contrario, no seguirían los pasos de su padre, no heredarían su carisma; al contrario, sería Samuel el llamado por Dios para ser su profeta; porque el profetismo no se hereda, ni es una institución que se aprenda, sino que hay de descubrirla.

I.2. La vocación de Samuel se describe con rasgos propios de las leyendas antiguas, en las que se oye la voz de Dios. En el silencio, en la noche. Es una experiencia fascinante que no le deja dormir al muchacho. Estima que es Elí quien le llama, y es éste quien se da cuenta que es Yahvé quien está por medio en todo este asunto. Y así el maestro le enseña a decir a discípulo, no como un rito, sino como el don de la propia vida: «habla, Señor, que tu siervo escucha». Escuchar la voz de Dios en la vida personal es un verdadero reto, que no todos saben afrontar. Elí, el viejo sacerdote-profeta, tiene experiencia de Dios y se la comunica a alguien que está en disposición de ello; lo contrario de lo que sucede con sus hijos. No es lo mismo vivir con "vocación" que sin ella. Esta vocación se descubre de muchas formas y de muchas maneras: unas veces buscando y otras sin que sepamos por qué. Es evidente que estamos hablando en el contexto de una experiencia religiosa extraordinaria, lo que es respetable. Debemos ser capaces de ver a Dios, de escucharle si queremos, en las realidades de nuestra vida personal y de los que nos rodean. No habrá vocación, sin embargo, si no estamos dispuestos a escuchar a Dios.

IIª Lectura: 1 Corintios (6,13-15.17-20): El cuerpo revela nuestra interioridad

II.1. La segunda lectura está tomada de 1ª Corintios, una carta muy compleja desde muchos puntos de vista. Y para comprender esta carta y este texto de hoy debemos conocer algunas cosas de aquella comunidad de la capital de Acaya, en la que Pablo se empeñó a muerte en su misión de apóstol y en ofrecer una identidad verdaderamente cristiana a esta comunidad. Se trata de un texto que debemos saber contextualizar y conocer por qué lo escribe San Pablo. Corinto era una ciudad famosa por su santuario a Afrodita, la diosa del amor, al que acudían gentes que llegaban a la ciudad doblemente portuaria desde las regiones lejanas y limítrofes. El hecho de la prostitución sagrada era una perversión del amor y de la sexualidad humana según san Pablo. Precisamente por ello el apóstol hace una teología del «cuerpo» humano, que no es la carne y la sangre, aquello que nos llevará a la muerte; sino de lo más interior a nosotros mismos, que es lo que no podemos entregar a la irracionalidad. La "antropología" bíblica que subyace en esta concepción del cuerpo del texto paulino es manifiesta: no es dicotómica, dualista, sino es una realidad única: interior-exterior, alma-cuerpo.

II.2. Esto, probablemente, lo escribe Pablo, porque algunos convertidos al cristianismo no veían inconveniente en participar en esos ritos sagrados de la sexualidad, y por ello afronta la cuestión desde la clave más profunda de la fe cristiana: la resurrección de los cuerpos, que volverá a afrontar en el c.15 de esta misma carta. La sexualidad forma parte de nuestro ser; si la entregamos al comercio y a lo irracional, pierde todo el valor positivo que el Creador ha puesto en ella; la reducimos a la animalidad. Pero ni lo irracional, ni lo animal están llamados a la resurrección. El cuerpo no es simplemente lo exterior, lo que se ve, lo que se gasta: el cuerpo lleva en su seno el misterio de la persona, de la interioridad, de la misma libertad. Por eso si entregamos nuestro cuerpo a cualquiera o a cualquier cosa, eso es una idolatría. Es decir, estaremos sometidos a los ídolos, que no son más que irracionalidad y ceguera. La actualidad de este tema hoy, sabemos que se puede cifrar en entregar nuestro cuerpo, nuestra persona, nuestra mente y nuestra voluntad a la droga o al dinero. También aquí, con esta simbología del "cuerpo", se sugiere la verdadera dignidad de nuestra vocación humana y cristiana.

Evangelio: Juan (1,35-42): ¿Dónde habitas?

III.1. El evangelio de hoy nos presenta la forma en que Jesús acogió a sus primeros discípulos. No se hace por medio de una llamada concreta de Jesús, - como sucederá después con Felipe, Jn 1,43ss-, sino de otra forma distinta. Probablemente en el evangelio de Juan hay una intencionalidad manifiesta: el paso de los discípulos del Bautista a Jesús. Es una escena que viene después de la presentación que Juan el Bautista ha hecho de Jesús a sus seguidores. Por eso,

como respuesta inmediata, dos de esos discípulos (uno de ellos se identifica como Andrés, el hermano de Pedro), se interesan por la vida de Jesús. De ahí la pregunta: “Maestro ¿dónde habitas?”. No es necesario entrar en la cuestión del “otro” discípulo, que, desde luego, no es necesario identificar con el discípulo amado, y tampoco a éste con Juan el hijo del Zebedeo en cuanto autor de este evangelio, como muchos han defendido y siguen defendiendo. El evangelista subrayaba así que Juan el Bautista había cumplido su misión; ésta había terminado, y sus seguidores debían atender a aquél que él llama el «Cordero de Dios». No podemos establecer con seguridad los puntos históricos de esta narración. No sabemos a ciencia cierta si eso fue así, ya que la tradición de los evangelios sinópticos parece más primitiva y nos habla de la llamada directa de Jesús a Pedro y a su hermano Andrés, para que dejaran sus redes y le siguieran.

III.2. ¿Dónde vivía Jesús? No se nos dice en el relato, porque su intención es poner de manifiesto que su modo de vida es lo que se describirá a lo largo del evangelio. Han visto ya algo que fascina a estos discípulos, para dejar al Bautista y seguir a Jesús, y comunicar la noticia al mismo Pedro. Con ello, el Bautista no se encuentra desairado, porque en otro momento él mismo dice: «es necesario que El crezca y que yo disminuya» (Jn 3,30). Así, pues, una vez que Juan el Bautista ha cumplido la misión que le correspondía –según se piensa en la tradición cristiana que Juan, como los sinópticos, recoge-, llega el momento de “seguir” a Jesús, de vivir con él, de contemplar su morada. El simbolismo del evangelio joánico enriquece verdaderamente esta escena sobre la iniciativa de los discípulos. No los ha llamado el Maestro, pero Juan sí les ha trazado el camino. A veces, alguien puede descubrirnos nuestra “vocación”; lo importante es saber discernir y poder dedicarse a ello.

III.3. El encuentro de Pedro, con Jesús, es presentando en Juan de una forma muy particular, distinta a los sinópticos. Aquí se adelanta su hermano Andrés en su decisión a seguir al Maestro. Pero lo que importa siempre es la disposición. El que Pedro reciba un nombre nuevo “Kefas”(piedra), con todo lo que ello significa, forma parte también del misterio vocacional. Un nombre nuevo es un destino, un camino, una vida nueva, una misión. Todo esto está sugerido en esta escena vocacional. Desde luego, aceptar a Jesús, su vida, su ideas y su experiencia de Dios, no puede dejarnos donde estábamos antes. Todo ha de cambiar, sin que haya que exagerar actitudes espirituales o morales. Seguiremos a Jesús y su evangelio, y volveremos a sentir la necesidad del perdón y de la gracia, porque la debilidad nos acompaña siempre. Pero con un nombre nuevo se nos dice que el horizonte de nuestra existencia es Aquél que trae la luz y la vida al mundo, como se pondrá de manifiesto en todo el evangelio joánico.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

¿Quiénes fueron los seguidores de Jesús?

Los seguidores de Jesús fueron predominantemente personas difamadas, personas que gozaban de baja reputación y estima: los pobres, los incultos e ignorantes, los enfermos, las mujeres, los niños y aquellos a los que su com-portamiento moral les cerraba –según las convicciones de la época– las puertas de acceso a la salvación. Y es precisamente de ese tipo de personas de quien dice Jesús que son su verdadera familia (Mt 12, 50 par).

¿Por qué seguir a Jesús?

Ser cristiano es seguir a Cristo por amor (“Simón Pedro, ¿me amas?... Sí, Señor... Entonces sígueme...” Jn 21). A pesar de la claridad de la frase anterior, es difícil explicar las variadísimas razones que hay para seguir a Jesús. Cada cristiano tenemos las nuestras. Muchos querrán precisar y dirán que no es el amor “a Jesús”, sino el amor “de Jesús” el que nos convierte en seguidores suyos. Pero esto aclara poco la cuestión de por qué seguimos a Jesús. ¿Es que el modelo de ser persona inaugurado por Jesús de Nazaret es el mejor de todos? Jesús mismo explica que su objetivo es que los discípulos pasen de la muerte a la vida; más aún, que obtengan la «vida eterna» (5,24). Traduciendo el lenguaje evangélico a uno más cercano a nosotros, diremos que la finalidad de la acción de Jesús es inducir a sus seguidores a una forma de vida mucho mejor que la que vivimos. ¿Realmente la vida que nos ofrece Jesús es mejor que la que disfrutamos en la sociedad de consumo, que es nuestra vida? No es fácil admitirlo, sobre todo si tenemos una posición económica holgada.

Para los cristianos, Jesús de Nazaret es el modelo único de nuestro seguimiento.

La tentación de adaptar a Jesús a nuestra imagen, a nuestros intereses, es decir, hacer un Jesús a nuestra medida, es un peligro muy común y que nos acecha en todas las esquinas a los que nos decimos seguidores de Jesús. Tomamos del Evangelio aquellos aspectos que convienen a una posición personal y social ya tomada de antemano. Pero son las palabras de Jesús, sus hechos, sus ideales y sus exigencias, su pasión, muerte y resurrección, el único camino que tenemos para conocer al Dios misericordioso, padre, pobre y sufriente por amor, y totalmente interesado por los seres humanos.

El “amad como yo os he amado”, signo distintivo de los seguidores de Jesús.

«Éste es mi mandamiento; que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn15,12–13). Amarse los unos a los otros («ama a tu prójimo como a ti mismo») es una aspiración que han tenido muchos grupos religiosos a lo largo de la historia. Pero lo específico del mandamiento de Jesús es el «como yo os he amado». A los seguidores de Jesús no se les pide simplemente amarse recíprocamente. Se les exige que su amor sea como el de Jesús, que renunció a su propia vida en favor de los demás.

El seguimiento de Jesús es conversión.

Conversión es cambio de vida. Cada uno cambia muchas veces de vida a lo largo de su existencia: de niño a adulto, de soltero a casado, de aprendiz a profesional. En el caso del discípulo, la conversión que se pide es cambiar de los valores que uno vive a los valores que Cristo practicó y enseñó. El ser discípulo tiene que modificar sustancialmente la vida y la identidad propias, y orientarlas por otro camino diferente al que habían tenido hasta entonces. Si uno ve que no experimenta ninguna transformación en su vida, debe convencerse de que no está en el buen camino del seguimiento de Jesús. Menuda tarea tenemos hoy los cristianos para cambiar los contravalores de la sociedad de consumo –entre los que destacan el egoísmo y el injusto reparto de los bienes– y sustituirlos por los valores del Evangelio.

El seguimiento es a un Jesús crítico y coherente.

El anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús tuvo una vertiente de crítica social, y esto le acarreó conflictos y malentendidos. Para los poderes religiosos y políticos constituidos, el mensaje de Jesús fue molesto e impertinente. Pero Jesús aceptó y asumió las consecuencias de haber reservado el primer puesto en su Reino para los pobres, para los pecadores, para aquellos que eran marginados y excluidos por los dirigentes religiosos y civiles. Por eso, el que sigue a Jesús está obligado a no pasar de largo ante la injusticia que sufre tanta gente en nuestra sociedad. Hoy, la crítica de un seguidor de Jesús ha de ser contra nuestro estilo de vida que denominamos consumismo. Este estilo de vida ha creado la mayor insolidaridad que ha existido en la historia. Por eso el cristianismo, si quiere tener credibilidad y atracción, tiene que ser practicado como una alternativa rebelde al egoísmo del consumismo.

El evangelista resalta la dificultad de la adhesión a Jesús que muestran los discípulos.

El seguimiento de Jesús lleva consigo peligros y crea conflictos y sufrimientos. Seguir a Jesús no le ponía a uno precisamente en el camino del triunfo. La imagen pintada repetidas veces por los evangelios, y que presenta a un Jesús rodeado de innumerable gentío, no debe hacernos creer erróneamente que el seguimiento de Jesús fue mayor que la deserción (el ejemplo de Judas), la negación (como Pedro), o la incomprensión y la incredulidad. Después de la predicación de Jesús en Cafarnaúm, muchos de sus seguidores, excepto los doce, dejaron de ir con Él (6,66–70). Hay momentos en los que Jesús se encuentra solo. El grupo de los apóstoles desaparece en el periodo de tiempo que va desde el arresto hasta la ejecución. También durante las apariciones después de la muerte, el comportamiento de los discípulos muestra diversos grados de participación o de presencia.

Hay una vinculación muy estrecha entre comer juntos y fortalecimiento de la comunidad de los seguidores de Jesús.

Juan subraya el fuerte sentimiento afectivo que Jesús manifestó al grupo de los suyos durante la cena: «Después de

haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (13,1). Para resaltar este sentimiento, el evangelista introduce en medio de la cena un rito muy significativo. Jesús se viste de esclavo y realiza las funciones propias de los esclavos: lavar los pies. Con este rito de inversión de roles por parte de Jesús, el evangelista Juan desea mostrar a su comunidad un proyecto utópico, que dicha comunidad todavía no realiza: transformar los modelos de relación social que había en esa comunidad y sustituirlos por los que brotan de un amor como el de Jesús. Por tanto, comer juntos da fuerza a los que queremos seguir a Jesús; pero ha de ser un comer juntos en el que las relaciones entre nosotros no sean de esclavo a señor, sino como amigos (“os llamaré amigos”).

Conclusión.

La experiencia del discipulado nos enseña que existe una conflictiva alternativa entre la fidelidad a Jesús y la fidelidad a nuestra sociedad de consumo, por la que estamos atezados y que no podemos abandonar fácilmente.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Evangelio para niños

II Domingo del tiempo ordinario - 18 de Enero de 2015



Los primeros discípulos

Juan 1, 35-42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: - Este es el Cordero de Dios. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y, al ver que lo seguían, les preguntó: - ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: - Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? El les dijo: - Venid y lo veréis. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró a su hermano Simón y le dijo: - Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: - Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa Pedro).

Explicación

Juan Bautista dijo a sus seguidores, refiriéndose a Jesús: Ese es estupendo y el único a quien merece la pena conocer y seguir. Y sus discípulos se fueron con Jesús y le preguntaron: Maestro, ¿dónde vives? Jesús les contestó: Venid y lo veréis. Y se quedaron con él.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Los discípulos de Juan Bautista escuchaban entusiasmados las palabras que éste les dirigía. Y le hacían muchas preguntas.

ANDRÉS: Juan, hablemos del Mesías. Quisiéramos conocerlo.

DISCÍPULO: Dices que le bautizaste en el río Jordán. Pero, si es el Mesías ¿por qué le bautizaste tú?

JUAN: Preguntáis muchas cosas, y sólo puedo deciros que el Mesías es más importante que yo.

ANDRÉS: ¿Cómo de importante Juan?

JUAN: Tan importante que no soy digno de desatar la correa de su sandalia.

NARRADOR: En ese momento, fijándose en Jesús que pasaba, dijo:

JUAN: Este es el cordero de Dios. Mirad que se acerca; él podrá responder a todas vuestras preguntas.

ANDRÉS: ¿Vamos a su encuentro? A mí me gustaría saber algo más de Jesús.

NARRADOR: Andrés y el otro discípulo se despidieron de Juan y se acercaron a Jesús. Éste les vio titubeantes y les preguntó:

JESÚS: ¿Qué buscáis?

ANDRÉS: ¡Maestro! ¿dónde vives?

JESÚS: Venid y lo veréis.

NARRADOR: Andrés era uno de los que oyeron a Juan y fue en busca de su hermano Simón.

ANDRÉS: ¡Simón, ven conmigo! ¡Hemos encontrado al Mesías!

SIMÓN: ¿Tu maestro, Juan Bautista, es el Mesías?

ANDRÉS: ¡No, qué va! El Mesías es Jesús.

SIMÓN: ¿Jesús? ¿qué Jesús?

ANDRÉS: ¡Pues Jesús! Espera..., le llamaré. ¡Jesús, Jesús, sal por favor! quiero presentarte a mi hermano.

JESÚS: Tú eres Simón, el hijo de Juan.

SIMÓN: ¿Y cómo lo sabes?

JESÚS: Desde hoy te llamarás Cefas.

SIMÓN: ¿Y qué significa eso?

JESÚS: Significa Pedro, porque tú eres la piedra sobre la que edificaré mi Iglesia.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández